

# Subsidios para el camino

## EL CUERPO: NUESTRO LUGAR ÚNICO DE DIOS

Mariola López Villanueva, RSCJ

El cuerpo es nuestro compañero más cercano e íntimo, nacemos envueltos en él y sólo al emprender el viaje definitivo, *el viaje de todos*, nos desprenderemos de él. Cada experiencia de nuestra vida quedará grabada en su memoria, las que queremos revivir por el goce profundo que nos produjeron y aquellas que quisiéramos no volver a evocar y que, aún sanadas, él tendrá guardadas en su caja de resonancia. Llevamos todo con nosotros.

Si en otros tiempos había que *desentenderse* del cuerpo para orar, afortunadamente ahora constatamos la necesidad y la urgencia de contar con él. El alma ya no “lucha con el cuerpo” sino que éste se convierte en su mejor fruto, en el amigo primero y principal de nuestra alma.

### 1.- Regresar a la propia casa

“*Este es mi cuerpo*” (Mc 14, 22), dirá Jesús, “*tomadlo*”. Necesitamos ahondar en esta realidad. Podía haber dicho “esta es mi vida, esta es mi historia, yo mismo”...pero dice: “este es mi cuerpo” y contenido en él su manera de estar en la vida y de situarse en ella, sus modos de mirar, de tocar, de estar presente. ¿Cómo vivió Jesús en su corpo-

alidad la relación con Dios y con los otros y cómo somos invitados a vivirla nosotros?

No podemos orar al margen de nuestro cuerpo: de nuestra salud, de nuestro psiquismo, de nuestros cansancios, de nuestros afectos, de nuestra piel. En la antropología bíblica el cuerpo y el espíritu están íntimamente asociados, son uno. Todo lo que somos está contenido en él: ofrecernos, alabar, ser perdonados, agradecer, danzar, suplicar, interceder... Toda apertura a la Trascendencia ocurre en los límites de nuestra corporalidad, ahí nos recibimos y nos entregamos.

Sin estar presentes al propio cuerpo, tampoco podremos estarlo al de los demás. Para acceder a esta consciencia del cuerpo que somos, necesitamos abrir la primera puerta, la principal, la que da acceso a todo el resto de la casa: el contacto con nuestra respiración.

*“Tenemos la sensación, cuando estamos atentos al flujo y reflujo del aire en nosotros que experimentamos una extraña plenitud...recontramos el contacto perdido con el cuerpo y con su ritmo sanador (...) Es también el camino de vuelta a casa”<sup>1</sup>.*

No podemos escuchar nuestro ser esencial sin auscultar los latidos del propio cuerpo. Necesitamos aprender a *saborear corporalmente la realidad*, a pasar por nuestro cuerpo los matices y registros de la vida, en su gran diversidad, en su disonancia y en su armonía, en toda la gama de sus colores<sup>2</sup>.

## 2.- Llevar en nuestros cuerpos otras vidas

Una oración que pusiera el Evangelio en contacto con nuestra razón y nuestro discurso, pero que no tocara ni convirtiera nuestros sentidos, no dejaría huella en nuestros cuerpos, no tejería encarnación, no se traduciría en nuestro modo de estar presentes y vincularnos y no podría operar transformaciones en la realidad.

San Ignacio proponía en sus meditaciones la aplicación de sentidos<sup>3</sup>. Acceder a Jesús y a las escenas del Evangelio como si presentes nos hallásemos. Es el modo en que nuestra sensibilidad se va haciendo

semejante a la de Jesús. *“Actuar corporalmente como Jesús para ser interiormente como él.”*<sup>4</sup>

Si nuestro cuerpo no recibe la buena noticia no podremos pasarla, aunque empeñemos todos los años de nuestra vida y todos los recursos a nuestro alcance. Si los gustos de Jesús no van siendo los nuestros, nuestro código corporal no podrá incorporarse a *su modo de proceder*. Es a través del cuerpo como el cauce afectivo de nuestra vida toma forma y se despliega. No tenemos otro lugar ni otro acceso a la experiencia de lo humano, a ese *lugar único de Dios* que somos cada uno de nosotros.

El cuerpo nos vincula y nos hace capaces de establecer conexiones unos con otros. Nuestras maneras de relacionarnos están configuradas por él, porque no hay experiencia de amor, y por eso no hay experiencia de Dios y de los otros, que no ocurra en nuestro cuerpo. Necesitamos pacificar y ahondar el cuerpo para que devenga recipiente de otras presencias. Dejar que en la oración se vayan ordenando sus pulsiones, se vaya abriendo, haciendo permeable, transparente, a esa Presencia mayor.

Estamos habitados por muchos otros que van dejando su rastro en nosotros, llevamos en nuestros cuerpos otras vidas. Cuando nos descentramos de nosotros mismos nos volvemos ligeros y alegres y con amplios espacios de receptividad y de irradiación. Francisco de Asís es un icono preciosísimo de esta expresión, un cuerpo pobre y alegre. Totalmente abierto, totalmente ofrecido; que toca con amor la carne herida de un leproso, *hermano del agua y del fuego...* Mantener una relación saludable con nuestro cuerpo y restablecer el espacio digno y el respeto hacia el cuerpo de los otros, tiene que ver también con recuperar el contacto con la tierra.

### 3.- Abrazar el cuerpo vulnerado de Jesús

Una mujer que incorporó la vivencia de lo corporal en su manera de vivir y de entender a Dios fue Etty Hillesum. Ella escribía: *“...tengo un fuerte temperamento erótico y una gran necesidad de caricias y de*

*ternura*<sup>5</sup>". La fuerza erótica en sus expresiones más cotidianas y en sus relaciones se fue transformando en un amor que iba creciendo cada vez más hasta tomar todos los aspectos de su persona: *"Me encontré arrodillada de repente junto a mi mesita, mientras que el amor como liberado me recorría toda entera..."*<sup>6</sup>."

Ella escribe en su diario el 12 de abril de 1942: *"me gustaría palpar con las yemas de los dedos los contornos de estos tiempos"*. Palpar con las yemas de los dedos la vida y los rostros. Jesús sabía de este tocar bien concreto, a través de sus manos hizo presente el amor del Padre al tocar con ternura la piel vulnerada del leproso, en su contacto con los ojos del ciego aislado; posó sus manos en la espalda lastimada de la mujer largos años encorvada, en aquellos cuerpos impuros que no se consideraban dignos de ser tocados, ni de ser amados. El mismo Jesús se deja tocar en un momento de gran vulnerabilidad, en una situación de angustia y de temor, recibe el contacto, la proximidad y la caricia de una mujer que lo unge con perfume (Jn 12, 3).

El único recurso del que Jesús dispone antes de ser arrestado es su propio cuerpo. No tiene otra riqueza, ni otro don que ofrecer. Ese cuerpo que era su vida lo quiso tomar, voluntariamente. Lo sabía bendecido en su totalidad, sin dejar nada fuera. Lo agradeció e hizo con él un gesto definitivo: entregarlo entero, sin reservarse nada (Mc 14, 22-24). Desde entonces es un cuerpo a merced de nuestras manos y de nuestro gusto, en la mayor proximidad y en el más íntimo contacto.

Como el cuerpo de la mujer, capaz de contener y alimentar con su sangre a la criatura que lleva dentro, el cuerpo de Jesús es un cuerpo abierto y vulnerado, quebrado y repartido. Constantemente donado. Al amparo de ese cuerpo podemos reconocernos y perdonarnos, crear comunidad, multiplicar el amor y recogerlo para que nada se pierda.

Tras la resurrección, Jesús seguirá ofreciendo su cuerpo de manera velada, invitándonos a tomar generosamente de él: *"Venid a comer"* (Jn 21, 12).

En adelante, será en los cuerpos vulnerados, en esos cuerpos que *sufren, resisten y sanan*, donde él ha querido quedarse expresamente presente, con una inmediatez que no deja lugar a dudas: “*Lo que hagáis a uno de estos mis hermanos más pequeños a mi me lo hacéis*” (Mt 25, 40). Es el cuidado del cuerpo del otro lo que determina nuestra relación con Dios (Mt 25, 31-46). El cuerpo del herido y el cuerpo del amigo devienen *territorios sagrados* donde aprendemos y maduramos; son los modos como Dios se hace “totalmente, humanamente, concreto para nosotros”<sup>1</sup>.

Es nuestro *ser corporal* el que va *siendo tomado* en nuestra oración y en nuestras relaciones. *Tomado* con reverencia, con respeto, con necesidad de reconciliación: “*Tomad, Señor y recibid* toda nuestra corporalidad, con sus pulsiones, su opacidad, sus vaivenes y su energía profunda...”

Necesitamos *ayudar a Dios* para que vaya haciendo lisa y suave la tierra de nuestro cuerpo y poder ofrecernos unos a otros ese *espacio tomado* donde Él permanece silenciosamente presente. Poder oler y gustar la dulzura y la suavidad de su Presencia en nuestra piel; poder decirnos unos a otros: “*Tomad, comed...*” Y recibir su cuerpo en la eucaristía y en la vida de tal manera que en el nuestro se vayan tejiendo, amorosa y pacientemente, la sabiduría, la humildad, el valor y la ternura que necesitamos para atraer hacia Él, para obrar sanación en nuestras historias y “*llevar frutos y flores a cada trozo de tierra donde uno va*”.<sup>2</sup>

## Notas:

<sup>1</sup> J.M.RAMBLA, *Dios, la amistad y los pobres. La mística de Egide Van Vroeckhoven*, Sal Terrae 2007, p. 130

<sup>2</sup> E. HILLESUM, o.c. p.189